

Juan José Torres, un Militar Nacionalista

por René ZA VALETA MERCADO

(Servicio especial de Inter Press Service)

El gran mérito histórico de Juan José Torres consistió en haber posibilitado y también expresado, en cierta medida, la libertad de las masas populares en Bolivia, en el periodo en que su actuación fue decisiva, es decir, cuando fue comandante en jefe de las fuerzas armadas, primero, y después presidente del país.

De su gobierno mismo puede decirse que se inició con un acto de las masas, que convivió con un momento cualitativamente superior de la historia de las masas del país, que fue la asamblea popular, y que concluyó junto con una desesperada resistencia militar de las masas, en la batalla del 21 de agosto de 1971.

Ovando y él fueron los hombres fundamentales de un verdadero golpe de mano dado contra el aparato de poder estructurado por los norteamericanos en torno a Barrientos, alrededor de 1964. Es una historia que puede reconstruirse de un modo probado a estas alturas. Fue el coronel Fox, agregado militar norteamericano, quien lanzó a la política el nombre de Barrientos. Para eso, los Estados Unidos ya podían utilizar el amplio margen que les daba su penetración en el propio gobierno de Paz Estenssoro; había altos funcionarios que resultaron ser agentes de la CIA, como lo han demostrado los testimonios norteamericanos salidos a raíz del "affaire Watergate". Barrientos fue un pivote para construir un sistema de poder, que Sergio Almaraz llamó el "sistema de mayo" en recuerdo de las matanzas mineras de 1965, que se basaba, en lo general, en un pacto entre los militares, es decir, el ejército ahora ocupado por el imperialismo, y los campesinos, o sea, el sector que se había hecho más conservador como resultado de la propia revolución burguesa de 1952.

Pero cómo pudo Barrientos, hombre elemental y mero agente, imponerse dentro del propio ejército, aun sobre figuras mucho más legitimadas ante la oficialidad, como Ovando, es otro problema. Aquí actuaron ya la corrupción, que fue utilizada como un método de captación de la alta oficialidad, y la organización de logias cuya lealtad se basó en la misma corrupción y la constitución de brazos paramilitares de poder. Es obvio, un plan bien pensado por los norteamericanos, quienes querían tener certeza en el control del poder en un país clásicamente inestable, con una recurrente tendencia de las masas hacia la política y la organización.

RECONOCIMIENTO POPULAR

No hay duda de que Ovando y Torres no pudieron evadirse a la lógica envolvente de la construcción de aquel aparato. Pero el propio hecho de que los trabajadores mineros decreten un día de paro en señal de

duelo por la muerte del mismo Torres que, como Ovando, fue parte del mando ejecutivo de las extraordinarias represiones de 1965, 1966 y 1967, demuestra hasta qué punto el proletariado es capaz de captar los matices de la historia y no su mera apariencia. Miembros del mismo ejército que practicó el exterminio de las guerrillas de Nancahuazú y Teoponte y los actos antiobreros, Ovando y Torres pertenecían a un tipo de oficiales que mantenían viva la tradición nacionalista del ejército boliviano, que venía del sacrificio de Busch y Villarroel, resultantes a su turno de la generación de la guerra del Chaco.

Ambos fueron figuras centrales en la nacionalización de la Gulf, que configuró algo así como una operación comando contra el núcleo de la presencia imperialista en el país. La toma de la Gulf en Bolivia, en efecto, tiene más de un parecido con la precisión y la penetración con que Nasser tomó el Canal de Suez. Pero sobre Ovando, titular de este acto notable, pesó a la vez la eficacia del pacto aquel del barrientismo, que no podía romperse si no era afrontando la división del ejército y yendo más lejos en la acción, en unión con las masas. Tal aparato, el del "sistema de mayo", ligado en lo esencial a la CIA, comenzó a operar aún bajo el gobierno de Ovando, realizando asesinatos en encubrimiento de los actos de la gran corrupción. No pudo Ovando impedir sus acciones y resultó víctima política de la propia complejidad de su carrera personal.

En ese momento, 1970, parecía que, eliminando a Ovando, el "sistema de mayo" podía reconstruirse como un todo. El sector derechista pronorteamericano parecía tener, al obligar el asilo de Ovando, el control del ejército y también, por tanto, la fuerza como para tomar el poder entero. Fue entonces cuando Torres, hombre salido del pueblo, de su más humilde entraña, realizó su más impresionante acto de consecuencia como nacionalista y de osadía política. Acompañado de un pequeño grupo de hombres, se hizo cargo de la base aérea de El Alto y desde ella llamó al pueblo a resistir el golpe derechista. Los obreros convocaron a una inmediata huelga general, que se cumplió en toda su extensión. De esa manera, se plasmó una suerte de pacto no escrito entre el nacionalismo militar y el movimiento obrero. Aquél se proyectó en la presidencia de Torres y éste en la

Asamblea Popular. Es necesario dar, sin ambages, la importancia que se merece este hecho sin otros antecedentes en la América Latina. La libertad de las masas, en efecto, es lo que da la medida de la existencia de la democracia efectiva, no importa si hay elecciones o no. Es la existencia de la Asamblea Popular, su aceptación por parte del sector militar progresista, en cuanto ella representaba la forma más alta de organización de la clase obrera, orientada a construir sus órganos proletarios de poder, lo que define el carácter definitivamente democrático y progresista del gobierno de Juan José Torres.

VICTIMA DEL IMPERIALISMO

Es por eso que, cuando diversos dirigentes bolivianos acusan a Bánzer por este vil asesinato, no están afirmando algo arbitrario. Bánzer representa, en efecto, la restauración a sangre y fuego del "sistema de mayo", es decir, del barrientismo, fruto de la Gulf, del Pentágono y de la CIA. O sea, el aparato de poder constituido en torno a la corrupción y los crímenes por el imperialismo norteamericano en el ejército boliviano. Que los verdugos fuesen los brutalizados grupos de la ultraderecha argentina, ante la estúpida perplejidad del gobierno de ese país o ante su complicidad, es algo que carece por sí mismo de importancia. Aquí, como en el caso de Prats, como en los de Michelini y Gutiérrez, el aparato de inteligencia y terrorismo del imperialismo yanqui es el eje, el "sistema de mayo" que existe en cada uno de los países del continente, con su propia manera. En el caso de Torres y también, quizá, en el de Zenteno Anaya, aquel sistema que había experimentado una inexplicable adversidad en manos de Ovando y Torres, tomó aquí sus represalias y sus medidas preventivas ante la ruina, indefectible del gobierno de Bánzer. Para nadie es desconocido, en efecto, que la consolidación obrera. Indiscutible hoy día en Bolivia, tiene su primera repercusión en el renacimiento del nacionalismo militar.

Torres, sin duda, ha muerto del buen lado. Es una de las víctimas populares de la opresión del imperialismo sobre Bolivia. Sus propias contradicciones, necesarias e inevitables, le impidieron, es cierto, desarrollar hasta el fin el noble compromiso que él mismo había elegido con el movimiento popular. Aquí se ve, en efecto, el alto precio que se paga en sacrificio y vidas como consecuencia de haber considerado un mero combate interior lo que era (la batalla del 21 de agosto de 1971) una definición fundamental y por largo plazo.

La entrega de su vida, empero, señala a los culpables y convoca de hecho a la ineluctable acción de los militares antimperialistas que sobreviven como prisioneros del régimen Bánzer. Son ellos los que serán portadores de la tradición que en su momento estuvo en manos de Torres y por la cual él murió.